

Los últimos tres meses había pasado mucho tiempo en casa, aislándome del mundo, sin prender la televisión, ni la radio. Apenas salía un par de veces a la semana a comprar algunos víveres para mantenerme con vida, sin faltar, por supuesto las cervezas o el licor, los cigarros, la marihuana y la cocaína, que eran mis principales alimentos en el encierro voluntario. La casa por dentro y por fuera daba el aspecto de evidente abandono y los árboles preferían tirar sus hojas con todo y ramas, que aún hoy parecía otoño en plena primavera. El invierno se encargó de secar las flores y la primavera hizo su tarea con las primeras lluvias tempranas de febrero.

Mi cuarto llevaba cien días sin sacudir; sábanas, almohadas y muebles tenían un fino polvo sucio que provenía del descuido, el talco y el humo de mis hierbas al quemarlas. En realidad ni cuenta me di de eso hasta que levanté un libro del buró. La ropa en los ganchos también sentía mi invierno moral cargando la nube sobre sus espaldas. Para estar en casa, incluso para salir, prefería usar una playera y unos pantaloncillos cortos, unas sandalias y sin calcetines. El cabello ya era largo incluso antes de iniciar la cuarentena y pocas veces me daba una afeitada a la barba. Me bañé cuando me sentía ahogado en alcohol o para mitigar la cruda de los largos días de inconsciencia.

No sé porqué razón, esa mañana me dio por leer. Esta novela policiaca se acurrucó como un bebé en mis brazos y regurgitó sobre mi cabeza las miles de palabras que mancharon mis, ahora entendidas así, estúpidas ideas, producto de una vida sinsentido y solitaria.

Me sentí Samuel Durek en cada instante. Cómo, investigando los detalles, descubría las pistas que le llevaron a detener a la asesina, una mujer de insuperable misterio, escondida en las oficinas del gobierno. La dueña del palacio, por así decirlo, de la embajada de los Estados Unidos en mi país. Incluso con mucha experiencia en la lectura, por momentos debía interrumpirla para entender las ideas que el escritor me presentaba y fue cuando prendí la computadora por primera vez. Intenté usar el diccionario de Internet pero llevaba

meses sin conexión porque no pagué las mensualidades. Entonces me interné en la enciclopedia de mi máquina pero no era fácil hallar palabras como las del libro. A pesar de ser diestro en el uso de un diccionario impreso, en pocas horas estaba decidido a reconectar mi sistema de cable para usar el navegador y enterarme de asuntos de política que el escritor me daba a entender, pero no explicaba.

Definitivamente me había enamorado de aquella mujer. Pero ¿sería real o el producto de la imaginación del escritor del libro? Releí cinco veces el título y el nombre de su escritor, *Corrupción desde la fuente* de Isaac Compiara. En la solapa indicaba que el autor era estadounidense de origen italiano y aunque no me pareció significativo, me sorprendió que su novela fuera ya la séptima, con miles de ejemplares vendidos en sus otras obras. Decía también que para escribir *Corrupción desde la fuente* viajó por varios países y se internó en secretos de gobierno que ponían al descubierto el plan de un grupo de magnates muy poderosos tanto económica como políticamente de dominio universal en todos los ámbitos. Ese enigma me despertó del letargo. ¿Acaso Romina Colenga, asesina de la novela, estaba inspirada en uno de los personajes de la vida real? Si eso resultaba cierto, ¿podría Samuel ser el mismo autor? ¿Isaac Compiara se representó en Samuel, el protagonista de *Corrupción desde la fuente* mientras investigaba el asesinato o también llamado magnicidio del Presidente del Senado?

No podía esperar más, el interés por conocer los acontecimientos de ficción narrados en la historia de Compiara me estaba dando, por primera vez en muchos años, un motivo de aliento. Yo siempre estuve preso en un círculo de amistades de bajo perfil; entre esos amigos se encontraba Mario Arteaga, un tipo corpulento y sin escrúpulos que para todos los demás era nuestro héroe. Valiente y atrevido, nos impulsaba en ocasiones a pelear con los pandilleros de otra escuela de la ciudad. Mario me regaló la novela que hoy estaba quitándole el velo a mi inteligencia, ponía dudas en mi cabeza con las que sentí emerger a una realidad apasionante y hasta entonces desconocida e intrigante. Tuve que salir de la casa, pero la novela salió conmigo. Caminé unas cinco calles hacia el malecón donde

abordé un autobús de pasajeros y me trasladé hasta el Parque del Risco, la plaza donde estaba la oficina del cable de televisión e Internet. Me sorprendió que me cobraran muy poco por reconectar el servicio y eso me alegró aún más la tarde. Sin embargo, empezó a llover. Perdí más de una hora detenido bajo una marquesina del centro comercial esperando que la lluvia amainara y me dio por pensar un poco en las ruidosas tardes de los 90 en aquel parque con mis amigos. Jugábamos básquetbol y gritábamos como locos mientras los autobuses de la zona nos silenciaban con sus escapes. No podíamos escuchar las instrucciones de un pase y perdíamos la bola en cada momento. Luego de cinco minutos me encontraba de nuevo buscando la línea donde había dejado de leer y supe entonces que Samuel Durek, el investigador, había sido un militar de alto rango a quien separaron de la milicia por un problema de salud en su cadera. Compiara cuenta que en la noche del día que recibió la baja, lloró en brazos de su esposa por aquella decisión de las autoridades y cuenta que estuvo a punto de darse un tiro en la cabeza dentro del baño de su habitación.

En la página siguiente ya no habló de los motivos que lo impulsaron a suspender el suicidio, la historia dio un salto de varios años y me encontraba nuevamente en la comisaría donde Samuel supervisaba la investigación. Ese día iba a visitar a la embajadora en su domicilio particular para indagar sobre algunos datos que debilitaban su coartada. Ella era la asesina, yo lo sabía porque desde el primer capítulo Compiara adelantó el final, o lo que yo supuse que era el final. Me acordé de Mario Arteaga, mi amigo el valentón, porque siempre imaginaba el final de las cosas que apenas estábamos planeando hacer. El caso es que Samuel Durek, acompañado de dos de sus compañeros policías, se apersonaron en casa de la embajadora y le pidieron permiso de pasar a su casa. Isaac Compiara no descuida ni un detalle en su novela, y antes de contar los pormenores de la entrevista, se explaya pincelando en mi imaginación los colores y olores de la casa, el vestido de la embajadora y el calor que despidе la lámpara de mil focos ubicada en el *hall* de aquella lujosa residencia, y sin que Compiara lo indicara, yo había supuesto que aquella propiedad pertenecía al gobierno de los

Estados Unidos. Y con eso me quedé pensando un largo rato, mientras me animaba a cruzar la calle para tomar el autobús de regreso a mi casa.

Releyendo ese último párrafo del capítulo primero de la novela *Corrupción desde la fuente*, sentado en uno de los sofás de mi sala, sonó el timbre de la puerta e intenté primeramente recordar si tenía algún pendiente por resolver. Ese timbre no había sonado en más de dos semanas, ya ni el cobrador lo intentaba pues yo nunca abría. Pero, por alguna razón, ese día estaba más motivado a reencontrarme con el mundo y decidí que era tiempo de salir a enfrentar a los demás. Al levantarme moví sin querer la mesa de centro y con ello agité la botella de una cerveza añeja que rodó por el vidrio haciendo salir el último trago que no fue tomado y levantaba un olor a cantina de pueblo, como decimos en mi tierra, que me advirtió la imperiosa necesidad de no permitir que, fuera quien fuera, ingresara a mi casa, pasaría una inminente vergüenza gracias a las deplorables circunstancias de toda la casa.

Para ventaja mía, no tenía alfombras, porque la cerveza fue juntándose en un río que terminó derramándose en el suelo. Después de sobarme un poco la rodilla acalambrada por el golpe con la mesa, me dispuse a asomar por la mirilla de la puerta para distinguir al visitante inesperado. La lluvia había vuelto y me lo dejaba saber el escándalo del tragaluz de la escalera. Al poner mi ojo en la mirilla, me causó una conmoción al notar que la coincidencia al parecer sucedía por algo, aunque definitivamente le llamaría destino. Mario Arteaga estaba detrás.

Intenté halar la perilla cuando descubrí, sin desengaño, que la llave estaba echada. La costumbre de darle dos vueltas a la llave se había originado un par de años atrás, cuando, bajo los efectos de la droga, me salí desnudo a caminar por las calles y un vecino me encerró en su cuarto de trebejos hasta que desperté de nuevo un día después. Tomé las llaves del cajón y le abrí a mi amigo Mario. El saludo fue fraterno y lo invité a pasar, aunque fuera a criticarme por el tiradero de mi casa. Lo primero que resintió fue el olor. Déjame

abrir las ventanas, suplicó y accedí. Al poco rato, con el viento lluvioso las volvimos a cerrar, ya el ambiente entonces estaba más cordial. ¿Dónde te has metido? Preguntó y le narré con poco detalle algunas de los hitos más significativos de los últimos años, pues la última vez que lo vi, fue sólo un par de minutos en la estación del autobús, cuando me regaló el libro que él recién terminó de leer.

Sus ojos brillaban como siempre. Alguna vez me pregunté cómo era la suerte de algunos tan atractivos como él, siendo que otros padecemos de fealdad; esos suertudos que dejaban siempre una sensación agradable al ver las siluetas del cuerpo y de la cara, mientras que otros, como yo, no alcanzábamos calificación reprobatoria. Pero él, siempre, a pesar de nuestra humilde presencia, estaba dispuesto a apoyarnos y respetarnos como ni siquiera mi padre pudo hacerlo jamás. Le ofrecí una cerveza y la aceptó animoso. Luego me dijo que encontró algo en esa novela de Compiara, algo que lo hizo pensar en mí. Yo le dije que aun no llegaba a la mitad e intentó motivarme a terminarla. ¡No sabes! Te va a sorprender. Estoy seguro que va a cambiar tu vida. Y le contesté: estoy entradísimo, apenas hoy la empecé y ya llevo cinco capítulos. Me habló un poco de Samuel, me dijo que su aspecto militar le recordaba a mis incesantes críticas en el juego de básquetbol y que yo me aferraba al reglamento tanto o más que el propio Samuel. No exageres, le reclamé. El que exageraba eras tú. Sólo quería que no hicieran trampa, y el más tramposo de todos eras tú; hacías viola y no querías que la marcáramos. Era sólo un juego de niños, me comentó. Ah, sí, le recriminé, y los demás nos frustrábamos porque siempre perdíamos; entonces sí marcabas las faltas. Y aunque estuviéramos peleando hasta casi las dos de la mañana, Mario me caía muy bien. Yo lo quería mucho. Me hizo pasar la mejor velada de los últimos diez años, cuando dejé de verlos.

Su visita despertó muchos recuerdos. El más importante de todos fue sobre Janette, a quién él me enseñó a conquistar, querer y seducir. Mientras levantaba la cerveza de la mesa, Mario se burlaba de mí, pues yo me incliné para limpiar el piso con un trapo y se empezó a carcajear. ¿De qué te ríes? De tus nalgas. ¿Y eso? ¿Te

gustaron siempre o es de ahora? ¿Te volviste homosexual? No, para nada. Y menos con tus nalgas, me dijo. Es que cuando andabas con Janette me acuerdo que te vi en la playa dándole duro al queso. Y vi tus nalgas meneándose como un molusco. Eso sí que fue divertido. ¿De verdad? ¿Me viste haciéndolo con ella? Le pregunté. ¿Bromeas? Todavía tengo el vídeo. Te descubrió Alejandro y corrió a avisarnos, mientras sacaba de la camioneta la cámara que llevábamos. Me asombré muchísimo. Ellos guardaron ese video y nunca supe de su existencia, y el muy canijo me amenazó con subirlo a YouTube. Por mí, haz lo que quieras, le dije; sólo que no dejes que ella se vea en el vídeo. Y al ver mi seriedad en el asunto, me comentó que sólo era una broma, y que tal vídeo no existía.

Así es Mario, nunca sabes cuándo está hablando en serio. Pero Janette de verdad había dejado una huella en mi vida hasta el día de hoy, porque diariamente me acuerdo de su cariño, de su inocencia, de su tez hermosa y brillante con un bronceado permanente en las mejillas, en los brazos y en las piernas. Ella es mi primer amor completo y aunque ya lloré su pérdida, muchas veces sigue siendo mía.

Amaneció sin darme cuenta. Para cuando vi la luz me colmé de aire hasta las rodillas y visité la regadera con el ansia imperiosa de terminar mi libro. El ambiente húmedo que dejó la lluvia de la víspera le daba al día cierto ambiente melancólico y en cierto momento me entró una de mis instantáneas, recurrentes y molestas depresiones que me dan por llorar. La principal angustia me llega por un cierto miedo a no poder ver jamás lo que ya he perdido. Quisiera poder describir como lo hace Compiara en su novela los sentimientos más dolorosos de los seres humanos, al grado de desgarrar el alma. Sentarse a llorar como un niño pequeño porque he dejado en el camino a personas y cosas a las que extraño con locura; es como definir el bosque de Los sueños de Akira Kurosawa, el encuentro con Viernes de Robinson Crusoe, la soledad de un astronauta frente al infinito visible. Me siento tan miserable como el divorciado que suplica consuelo a la copa de licor en una cantina la primera noche fuera de casa. Y ahí estaba de nuevo el obscuro círculo vicioso de la

obscuridad de mi encierro. Pero también estaba el motivo, ese día hubo un pretexto para dejar el letargo al ver a un lado de mi cama en una mesa improvisada con un cajón de madera antiguo, el libro de Compiara.

Arrimé fuera de mí la depresión y me incrusté en la regadera. Afeité mi barba a cero por primera vez en tres años y me desconocí en el espejo. Algunas marcas en la piel me descubrían por primera vez a un hombre, antes semejava un niño con piel de algodón. Ahora los poros de mi cara se abrían y eso obscurecía en un veinte por ciento la tez. Quizá algún día me animaría a probar las mascarillas de las que tanto se hablan. Sin embargo, no tardé en secarme, sacudir mi cabello y empezar a disfrutar el ángulo visual de un narrador que para mí era *sui generis* y desyerbé los primeros misterios del capítulo seis. Para las dos de la tarde llegué al segundo tomo de un libro que no tendría más de quinientas hojas. Parecía una Biblia, pero el contenido era a una sola columna y con letra más grande. En la portada, además del título *Corrupción desde la fuente* se encontraba un emblema parecido al *Yin yang* como centro de una persona y con rayos de luz emanando de él. La persona se dolía del estómago con las manos sosteniendo el símbolo. Una frase subtitulaba: “El engaño no podrá ser descubierto por esta generación”. La portada estaba impresa a todo color y definitivamente lo mejor de todo era la historia contada dentro.

Samuel, el protagonista, no tenía idea de cómo resolver el enigma. Viajó a Londres, buscando pistas para descubrir que en Francia se encontraba un grupo de empresarios conocidos como La Cofradía. Según sus últimas investigaciones, ellos eran los autores del asesinato. Pero yo sabía que Romina Colenga era la autora del asesinato al Presidente del Senado de los Estados Unidos. Isaac Compiara nos reveló desde el primer capítulo que ella colgó el teléfono, salió de su oficina, caminó por la Quinta Avenida, ingresó en el *Roger's Palace* donde compró la gabardina y el sombrero, luego caminó hacia la calle cuarenta y dos, ingresó en un bar para caballeros, habló con el hombre de la mesa siete por un par de minutos, y fue ingresada a una habitación trasera en la que recibió el

arma homicida, salió por otra puerta hacia uno de los callejones de *Manhattan* y en la esquina esperó por un par de minutos a un joven de al menos quince años, quien le hizo entrega de otro paquete. Al abrirlo extrajo las balas y las cargó en el cartucho. Compiara narra que era cuidadosa y estaba usando unos lentes oscuros y guantes. Caminó por más de una hora y llegó a *Central Park*, pero necesitaba una coartada, por lo que llamó a su hermana gemela. La citó en el café frente a su oficina y habló también con uno de sus empleados citándolo con ella. La hermana de Romina dijo su frase a la perfección y el empleado digirió la impostura como auténtica. Romina ingresó al estacionamiento de *Homer Stiglitz* evitando el vaivén de las cámaras de monitoreo. Al ingresar en su limosina ella lo esperaba tras la defensa de un automóvil estacionado antes. Al verlo bajar emitió tres disparos y el chofer salió del otro lado para huir despavorido. Romina Colenga había cometido un magnicidio. Eso estaba claro. ¿Por qué Samuel Durek andaba buscando pistas en Londres y ahora en París? Yo sospechaba que ellos, los de la Cofradía, estarían detrás de la llamada que Romina recibió antes de cometer el asesinato.

Pero me enamoré de Romina en el capítulo dos, cuando ella conoce a Samuel Durek. La descripción de Compiara es maravillosa. Pude oler su fragancia y acercarme a sus labios para sentir su respiración al tiempo que observé las pestañas espesas y las cejas pobladas. Los ojos negros profundamente sensuales y una gargantilla colgada sobre sus pechos erguidos con naturaleza, sobresaliendo de entre su vestido de silueta suave y fluida en una versión de *Halter Neck* por donde el cuerpo se puede imaginar desnudo y con una elegancia natural que adivina a una Venus. Esa descripción y las palabras que la presentaban exquisita y sofisticada, intelectual y descabelladamente salvaje. ¿Qué decir de su cabello? Enseguida me imaginé a las modelos de televisión luciendo peinados de salón para embajadoras como ella. Pero Samuel Durek era el protagonista, así que me quedé en suspenso, esperando que Compiara nos relatara más sobre Romina. Así que yo, me sentí Durek. También vestía elegante, según el capítulo dos, pero obviamente era un funcionario de policía de los Estados Unidos, por lo que simplemente le puse cara



de agente de una serie de televisión, de las que he visto muchas, y muchas veces.

Este investigador de altas esferas trabajaba con un equipo menos sofisticado que los criminales de las series, pero tenía, según mi libro, una gran habilidad para engañar a la gente con sorprendentes espejismos. Los sus entrevistados eran capaces de confesarse culpables, aún sin serlo. Un poder psíquico de Durek evidenciaba la mala conducta de los sospechosos y además era capaz de representar personajes: se hacía pasar por secretario de estado, sacerdote o doctor según su necesidad. Sus mil rostros, especialmente su habilidad para mostrar facciones de hombre bueno o sádico le permitían pulverizar las coartadas de muchos. Y así, descubrió muy pronto que Romina Colenga tenía el cargo de embajadora, gracias a un ajuste de cuentas solicitado por el Presidente de los Estados Unidos. No se trataba de otro homicidio, resulta que en campaña, el entonces Senador Crawford defendió a su hija, por haber estado involucrada en un accidente de tránsito y fue ella, Romina Colenga, quien se presentó a arreglar el problema. Eso y que a partir de ese día, ella se fue moviendo por entre las ramas del poder para recibir el título de embajadora. Se involucró en los problemas del Presidente Crawford otorgándole cientos de facilidades ante el Congreso de los Estados Unidos. Más de la mitad de los congresistas apoyaban al Presidente en su gestión.

Samuel distinguió inmediatamente a Romina como uno de los pilares de la administración Crawford, principalmente por su habilidad para tratar con los mandatarios de otros países. Estuvo a punto de ser nombrada Secretaria de Estado. Las curvas de ese cuerpo estaban abriendo muchas puertas a Romina y Durek lo descubrió de inmediato.

Yo mientras tanto me hartaba de estar sentado por momentos y empezaba a leer de pié, caminando, apoyado en la barra de la cocina y acostado bocabajo en mi cama. Parecía que no llovería, pero el viento de marzo trajo en pocos minutos una lluvia ligera por la tarde, cuando terminé de preparar una sopa instantánea. Sentía una fuerte

emoción por continuar la lectura pero en realidad era demasiado. Por más horas que le invirtiera a la lectura, aquello parecía no tener fin; sin embargo quería saber más y más. Y esa emoción pasó a formar parte de mi vida cuando sonó el timbre de nuevo, a la misma hora del día anterior, cuando llegó mi amigo Mario. Esta llamada era mucho más insistente, en llamados largos y cortos pero continuos. Me asomé y él estaba de nuevo ahí. Procedí a abrirle tomando la llave del cajón indicándole con los nudillos sobre la puerta que ya lo había escuchado para que dejara de tocar, simplemente no lo hizo.

Lo primero que indicó me alocó la cabeza. ¡Tu papá está vivo! ¿Cómo que está vivo? ¿Qué sabes? Mi padre había muerto hacía más de diez años y las palabras de Mario me daban un vuelco en el estómago. Yo mismo identifiqué el cadáver, le dije. Ese que estaba ahí no era tu padre, estoy seguro. ¿Por qué ahora Mario me ponía este reto? ¿Qué esperaba que le dijera? Si realmente mi padre había sobrevivido a aquel accidente, ¿por qué se ocultó? ¿Quería separarse de nosotros? Mi cabeza daba vueltas mientras Mario se explicaba. Adelfo, un vecino mío acaba de salir de la cárcel, y estuve comiendo con él. No sé por qué salió el tema, pero le hablé de ti y de tu encierro voluntario. En cuanto mencioné tu apellido saltó lleno de ira. Él pasó siete años en la cárcel por culpa de tu papá. Le pregunté todo lo que se me ocurrió y vine a verte.

Pero yo no estaba satisfecho, y se lo hice saber a Mario. ¿Dónde está mi padre ahora? ¿Qué te dijo ese Adelfo? ¿No habrá sucedido antes de que mi papá muriera? Lo mismo pensé, me dijo. Pero él asegura que tu papá está vivo y seguramente está matando gente por las calles de Nueva York. Sumamente excitado le dije: ¡Matando! ¿Cómo matando? Me parece que esto es un desafortunado mal entendido. Mi papá no era un asesino, le dije, aunque las dudas me invadían cada vez más. Finalmente nos sentamos en el sofá de la sala. Por primera vez en tres días se me antojó un toque de cocaína. El exceso de adrenalina urgía a mi cuerpo a ingerir la codiciada droga y ni siquiera levanté la mirada para ver a Mario. Sólo le dije que esperara. Me introduje en mi habitación y busqué una dosis. La puse sobre un cristal que tenía en la mesa, junto a mi ventana y con un

popotillo me llené la nariz de polvo. Mario estaba detrás de mí y me comentó que aquello me mataría. Igual que mató a mi padre, le dije. ¿Qué te parece si buscamos a tu padre? Tal vez sea él. ¿Para qué? ¿Para matarlo de nuevo? No tengo ganas de verlo de nuevo. Podemos ir a Nueva York y buscarlo, creo saber cómo. Si quieres ve tú, indiqué molesto y más excitado que antes de meterme la cocaína. ¿No te gustaría saber si realmente tu padre los engañó a todos? La verdad me parece que al menos la memoria de tu madre y de tu hermano merece un regalo de honestidad. La muerte de mi padre, comenté, precipitó la de mamá. Y no tengo que recordarte sobre porqué tu hermano se quitó la vida, y eso lo dijo Mario como un verdadero amigo.

Vamos a Nueva York, le dije, pero no esperes perdón para él. Realmente dudo que mi padre viva, tengo en mi recuerdo perfectamente grabado el rostro calcinado del cadáver que me mostraron tras el accidente en la carretera y no había duda en mí hasta hoy. Para reafirmarlo, Mario me dijo: Tu apellido es único, dices que tu abuelo lo inventó ¿no es así? Claro, afirmé, si alguien llevaba nuestro apellido era forzosamente mi pariente y sólo me pregunto cómo vamos a encontrarlo en Nueva York con más de nueve millones de habitantes, pero Mario era más que un amigo, en realidad su madera de aventurero lo hacían ver como un gangster, y eso aparte de una habilidad extrema para meterme en problemas de un mundo tan bajo como oculto a las mayorías. Ya un poco más aterrizado en la realidad me pregunté cómo estaban mis papeles para viajar. La última vez que estuve en el interior de Estados Unidos fue en el viaje retrasado de quince años de mi hermana. Entonces todavía éramos una familia de cinco integrantes. Mis padres aun se amaban, o al menos lo aparentaban. De todo eso hacía más de veintidós años cuando yo tenía trece de edad.

Mi suerte estaba echada hacia un lado oscuro y misterioso de la moneda. Un lado de mi vida que no había explorado. Los recursos económicos con los que contaba jamás me habían cuestionado los costos de un viaje, pero en esta ocasión Mario me hizo pensar en el alcance de una pequeña fortuna finita, pues mi mente ya estaba

puesta en un personaje de ficción: Romina Colenga. Aspirar a su amor tendría además de un alto costo en monedas probablemente un más alto costo intelectual al grado de excitarme. Una mujer como ella se había vuelto un reto, una obsesión. Producto de la droga o no, me empezaba a sentir Durek investigando a un muerto enterrado hacía diez años y encontrándome con la embajadora, la reina del palacio, la seductora, la asesina de un corazón a través de la historia de Compiara. Y creo que lo más apasionante es en realidad, no saber mucho de los personajes, la novela narra muchos aspectos visuales, con un narrador que no sabe todo lo que sucede, pero que al mismo tiempo sabe describir todo aquello que es visible a los ojos, y con el mismo misterio que los ruidos de un vecino a quien podemos imaginar pero no es posible mirarle más allá de los muros de su casa. Cuando Mario salió de la casa, aún el sol se encontraba reluciente a las nueve de la noche. Iba a ser un atardecer más despejado que los días precedentes, y la ventisca se había disipado. Se sentía cada vez más una primavera calurosa y las aves regresaban de su migración nuevamente hacia el norte. Creo que era de las pocas veces en el año en que no padecíamos un invierno o un verano salvajes.

Continué mi aventura por *Corrupción desde la fuente* y adelanté mucho, hasta que el sueño me venció pasadas las dos de la mañana. Tiempo suficiente para navegar por las entrañas de un gobierno difícil de comprender, como lo es el francés. Compiara se complace en presentar nombres de calles y de personas supuestamente reales, porque esa novela bien podría ser un relato periodístico; recuerdo otra novela sobre un asesinato en el Vaticano de los años noventa, de David A. Yallop titulada *En el nombre de Dios*, que más bien podría ser un reporte de investigación. Los personajes no son de ficción, sino reales, como parecen serlo Samuel Durek y Romina Colenga en la historia de Compiara. Por tanto, me fue algo difícil navegar por un laberinto de increíbles detalles técnicos que acompañaban a Durek, desde sofisticadas actas de homicidio, declaraciones de testigos, personajes influyentes de la vida política francesa y honorables miembros de una mafia ciudadana controlada por ancestrales caciques invadidos de poder por cualquier parte. Pero Durek estaba claro que ahí encontraría la clave del asesinato del Presidente del

Senado de los Estados Unidos, y en todo caso, me imaginaba yo que Romina Colenga sería solamente la autora material del homicidio. Muy a mi pesar, tuve que releer dos veces algunas páginas porque el cansancio hacía que perdiera la línea de la historia. Hasta que surgía un dato relevante que llamara de nuevo mi interés.

Por ejemplo, en cierto momento, Durek había localizado en un documento, la clave de un homicidio hasta entonces por resolver. Por lo visto, nadie había notado que la coartada del *conseiller principal d'éducation* estaba comprometida con la coartada del presidente del jurado en el mismo caso. Durek se preguntaba ¿cómo era posible tal coincidencia? Y lo más sorprendente ¿cómo es que nadie hubiera notado dicha triquiñuela? El hecho es que se había cometido un asesinato en una sala de representantes a plena luz del día. La víctima era una mujer que aspiraba a un importante cargo dentro de la cancillería y el propio canciller declara que durante la audiencia, él se encontraba en la oficina de *Monsieur Rouvre*, quien después sería, nada más y nada menos que el presidente del jurado en el juicio contra un sospechoso a quien seguramente le habrían acusado con un testigo falso. Durek observó con detalle los pormenores de aquel caso. Se le hizo sospechoso que el juicio hubiera perdido a tres jurados durante el proceso y también le llamó la atención el historial de *Monsieur Rouvre*, a quien se le relaciona constantemente con un abogado del más importante terrateniente del sur de Francia, *Monsieur Laboné*. Sus pesquisas lo llevaron a entrevistarse con diferentes personalidades de la cancillería de educación y a corroborar ciertas declaraciones. Durek se hallaba demasiado lejos de su jurisdicción y a pesar de las pesadas credenciales, pocos deseaban colaborar con él. Se presentó con *Monsieur Laboné* y lo convenció de tener una entrevista televisada, por lo que habló con una presentadora de noticias del canal *Antenne 2*, le facilitó el caso y le pidió que lo entrevistara en su programa en vivo. Tardó más de dos días en arreglar los preparativos para que *Laboné* pudiera participar en el noticiero y el éxito que tuvo rebasó sus propias expectativas. La presentadora logró que *Laboné* manifestara sus ideas sobre el canciller principal de educación: explicó que su propio abogado había sido extorsionado por el

canciller al grado de inventar una acusación para un inocente. *Laboné* explicó con detalles cómo el canciller había salido por el frente de la reunión para regresar por la puerta de atrás sin ser visto. Fue un escándalo nacional y los días del canciller estaban contados. *Laboné* logró popularidad pero se encarceló y enjuició a *Monsieur Rouvre* y al canciller. Durek, sin embargo, aún no veía claro. Le parecía que *Laboné* se guardaba más secretos y él sospechaba que pertenecía a la Cofradía; dos días después hubo una revuelta en el territorio de *Laboné* que permitieron a Durek descubrir los engaños del terrateniente, por su habilidad para encerrar a *Monsieur Rouvre* sin afectar sus intereses como miembro de la Cofradía.

De pronto salí del libro... estaba tan interesado en la trama que olvidé la nota actual: mi padre estaba vivo y revoloteó por largo rato en mi mente. ¿Cómo era posible que mi padre fuera un asesino? Porque estaba claro que él había matado al hombre que yo reconocí en el anfiteatro como mi padre. ¿Estaría también vivo mi hermano? No, no podía ser. Él se suicidó. Yo lo vi muerto. Pero ¡también vi muerto a mi padre! ¿Estaba viviendo una quimera? La droga me habría llegado a alterar tanto los nervios que Mario Arteaga no me visitó y lo aluciné. ¿Me estaba imaginando cosas irreales como le sucedió a John Forbes Nash? Y entre página y página, me dormí.

Muy temprano llegaron a reinstalar mi conexión de cable por televisión y la Internet aunque no fui capaz de disfrutarlas ni un minuto, apenas si para comprobar su funcionamiento. Preferí tomar el libro para continuar. Pero no llegué a eso. Después de un aseo rápido en mi persona, me acordé de mi hermana. Tenía que decirle nuestras sospechas sobre la muerte de mi papá. Tenía teléfono, pero no lo pagué. Me acordé del celular pero ¿dónde estaba? Hacía ya unos meses que no lo veía. Ni siquiera dediqué tiempo a buscarlo, si aparecía debajo de cualquier cosa, de nada me iba a servir. Estaría descargado y con el saldo vencido. Estaba a punto de salir a comprar otro teléfono o llamar desde la calle cuando recordé que ya tenía Internet. Tal vez podría enviarle un correo electrónico pero sería mejor encontrarla en el chat o por el teléfono en línea. Regresé a mi

cuarto y encendí la computadora. Mientras se cargaba el sistema operativo, tomé mi libro y continué mi lectura.

Quizá el centenar de drogas que he puesto en mi cuerpo me haya hecho olvidar ya algunas cosas, como por ejemplo la última vez que tuve contacto con mi hermana. No soy tan ingrato como parece, ella es una mujer muy extraña, realmente siempre fuimos algo distantes, a pesar de la cercanía consanguínea. Ella es algunos años mayor que yo, no lo sé con exactitud, también lo he olvidado. Tal vez cuatro o cinco, o quizá más. La última vez que recuerdo un abrazo de ella fue cuando murió mi hermano. Siempre tuvo ideas extrañas para mí. Algo de religión y superstición en ella me eran molestos al extremo y por eso me separaba lo más posible. Pero esta noticia de la resurrección del viejo me decían que ella estaría dispuesta a escuchar. Deseaba conocer su opinión al respecto, aunque también me daba cierto temor, con ella las respuestas a ésta y muchas otras cosas me eran tan inciertas como perturbadoras.

Cuando éramos más jóvenes, como a mis quince, fuimos invitados a la boda de uno de nuestros primos. Mario y mis otros amigos fueron también. Mi hermana llevó a su novio y eso no le gustó a Alejandro, mi amigo. Alejandro amaba a mi hermana desde que era un niño, sólo que ella no se fijaba en él porque era algunos años menor. Vimos con horror cuando Alejandro se peleó con el novio de mi hermana. ¿Qué había pensado? Pero Alejandro era algo más que “El Magno”, cuando conquistaba no permitía que otros invadieran sus tierras. Empezó por llevarle flores a su mesa, estando el novio presente. Le llevaba sus bebidas y fue capaz de sentarse entre ella y su novio justo antes de que se dieran un beso.

Ella se levantó y vino a nuestra mesa a pedirme que tranquilizara a Alejandro porque estaba molestando a su novio. Todos nos quedamos sorprendidos, y aunque no dijimos nada, entendimos que Alejandro estaba cometiendo un grave error. Él venía detrás y ella se topó con él en el regreso. No le dijo nada, pero le mostró su molestia. Nuestro amigo se sentó de nuevo en la mesa y sonreía. Debes tranquilizarte, le dije. Pero hablar con él era como hablar con las

nubes. Ellas siguen su rumbo sin hacer caso. Al poco rato Alejandro desapareció y no supimos nada de él hasta que terminó la fiesta. Después nos enteramos que él fue a esconderse debajo de la mesa de ellos y en otro momento estuvo esperándola en la puerta de su baño para forzarla a un beso.

Ella me agarró del saco cuando entramos en nuestra casa y me dijo: Tenemos que hablar. Tu amigo es un gran pecador. Es sucio y malintencionado. ¿Qué te hizo? ¿Te parece poco lo que me hizo hoy en la noche? Por lo que sé, sólo te dio un beso. Y me estuvo manoseando debajo de la mesa. ¿Y por qué no gritaste? No iba a gritar teniendo a mi novio junto, ¿caso no sabes que eso es un pecado? Había escuchado tonterías, pero esa me pareció la peor de todas. Preocuparse más por la respuesta del novio, que a todas luces habría sido un desastre para Alejandro, estar más alarmada por un pecado que no era el suyo, sentir las manos de Alejandro entre sus piernas y recibir su beso en la entrada del baño no le inquietaron. Aquello me pudo enojar con mi amigo, pero me molesté más con ella. Y, de hecho, admiré a Alejandro por su tenacidad, su determinación, su valentía. Yo no era tan arriesgado para conseguir lo que quería. A los pocos días le pedí que por favor no cambiara. Eran cualidades que no debía perder. Mis otros amigos secundaron la opinión.

Samuel Durek, al igual que mi amigo Alejandro, era decididamente obsesivo, persistente. Obtuvo por medio de sus contactos, acceso a las cuentas de *Monsieur Laboné* y por medio de los depósitos detectó a varios integrantes de la Cofradía. En poco tiempo estaba consignando a las autoridades francesas a varios personajes, aunque a ninguno de la Cofradía. De cualquier modo, ni los magnates pudieron ser apresados por la policía por falta de pruebas, y Durek no sabía aún a quién culpar por el asesinato del Presidente del Senado de los Estados Unidos. Durek se sentía decepcionado de sí mismo y de las circunstancias en las que su caso parecía no tener solución. Le quedaba una pista muy importante que seguir, pero debía viajar a Brasil. Y aunque yo me preguntaba cómo le haría para resolver el crimen, de poco sirvió hacer mis propias pesquisas, para llegar de un



modo más directo a Romina Colenga y evitarle a Durek el viaje a Sudamérica. Las interrogantes seguían siendo muchas, y los resultados pocos. Si yo fuera jefe de Durek ya lo habría despedido.

Escribí a mi hermana un mensaje instantáneo, ella no estaba conectada aunque tenía la esperanza de que lo viera de forma inmediata. Le marqué por el teléfono en línea y cuál sería mi sorpresa. ¡Ahí estaba! Y de cualquier modo me puse nervioso. Supuse un saludo frío, monótono, como ella acostumbraba. Sólo que hacían ya varios años que estábamos distanciados, incluso molestos el uno con el otro. Un grito de emoción me conmovió inmediatamente. Gritó mi nombre en la pantalla y le vi con sus largos aretes, sus rizos tal vez entintados pero realmente llamativos y sus ojos abusivamente coloreados con maquillaje. Las cejas remarcadas y los labios sumamente rojos. En poco tiempo creí que me encontraba conversando con una persona diferente a mi hermana. No podía ser ella. ¿Quién eres? Y no me contestó. Tal vez se sintió insultada. Otra vez me invadió la incertidumbre de no estar consciente y de haber imaginado a la persona con quien conversaba. ¿Tanto daño me había causado consumir estupefacientes? ¿Bromeas? Soy yo, ¿apoco me veo tan diferente? Es verdad que llevamos años sin vernos, pero tú estás igual, hermanito. ¡Era ella! Pero se veía tan distinta. Tengo algo que decirte y pienso que es importante. ¿Te vas a casar? No, le dije. Ese es un error que no pienso cometer. ¡Preséntamela! Insistió. Vamos, se trata de papá. Enseguida noté que se calmaba, dejaba de hacer bromas. No preguntó nada, esperó de modo serio a que continuara con mi explicación. Supongo que no tenía idea del tema sobre papá, sin embargo le dio un espacio substancial a mis palabras. Hay una sospecha de que esté vivo. Frunció el seño. ¿Qué? ¿Estás sobrio? ¿Cómo que podría estar vivo? Es verdad, una persona supo de él viviendo en Nueva York actualmente. Tú sabes, el apellido es inconfundible y lo más sorprendente es que, por lo que dijo esta persona, está haciendo cosas malas. Tengo un mal presentimiento de esto, me dijo, y estoy segura que vas a viajar a averiguarlo; déjame decirte, hermanito, esto no va a acabar nada bien. Claro que iré a Nueva York, ayer no estaba muy convencido, pero hay una duda que no puedo soportar; además no tengo nada que hacer. Hay algo muy

oscuro en tu viaje. Lo puedo ver. Vamos, linda, no metas tus supersticiones en esto, papá puede estar vivo y es importante que sepamos la verdad. Deja descansar en paz a papá, se merece nuestro respeto y Dios quiere que así sea. ¡Qué dios ni que babosadas! Esto no tiene nada que ver con un dios o con un misterio sepulcral, papá podría estar vivo y mucho me temo que si no limpiamos nuestro apellido, pronto vamos a sufrir las consecuencias. Voy a hacer oración por ti y pondré a mis santos de cabeza. Haz lo que quieras, comenté. Sólo quería avisarte de mis sospechas y que fueras la primera en saberlo.

Dos horas después de aquella primera llamada, volvió a contactarme. Me intrigó una amenaza hecha por el tablero de la Ouija, sobre un hombre que mataría a mi padre justo frente a mí. Claro, increpé su forma de pensar porque un par de horas antes me había asegurado que papá estaba muerto y ahora me decía que lo iban a matar frente a mí. Supuse que era el momento de dar por terminada la conversación con ella, a quien el mundo de lo misterioso tenía atrapada. Tal vez yo no era perfecto, y también mezclaba realidad con fantasía, igual que Compiara e igual que todos, al menos me sentía más satisfecho con un mundo más objetivo. No me contó más nada sobre su vida. Ni yo le pregunté. ¿Seguía casada? ¿Tendría hijos? ¿De qué vivía? Eran preguntas, ahora lo noto, cuyas respuestas no deseaba conocer. Me parece un compromiso que no estoy dispuesto a llevar. He deseado tantas veces estar solo en el mundo, apartarme de las personas y de sus asuntos y desaparecer, hacerme invisible, no ser visto, pasar como fantasma, evitar los compromisos. Sé que a muchos les parece un absurdo, a mi me parece el paraíso terrenal. No sé quién inventó eso de la convivencia social, pero creo que no tenía nada que hacer.

Nunca había contactado a Mario por el teléfono de la computadora, de cualquier modo lo intenté y no apareció en la búsqueda a ninguna persona con su nombre. ¿Por qué quería hablar con él? Porque deseaba con ansias planear el viaje a Nueva York. También sabía que cuando terminara la novela de *Corrupción desde la fuente* Mario quería conversar conmigo sobre ella. ¿Había en la

novela algo que me cambiaría la vida como Mario lo predijo? Supuse que, entre tantas otras historias en las que me involucré antes que esta, siempre quedaba algo en mí, leerlas por lo general ampliaba mi criterio, me apersonaba de cualidades propias de los personajes y actuaba como ellos lo hacían. ¡Todas las lecturas me cambian la vida, Mario! Quise gritarle, pero entonces ¿a qué se refería? ¿Qué deseaba transmitirme con esa afirmación? Si la novela en sí ya me era intrigante y cautivadora, con más razón lo era ahora que Mario me apuntalaba con una frase así. ¡Vaya forma de asegurar mi lectura! Yo la habría leído de cualquier forma. Y las hojas pasaban con fervor letárgico, como una animación de cámara veloz, pero tan repetitiva como un círculo, nunca parecía avanzar.

Por momentos deseaba adelantarme un par de capítulos, incluso cuando lo intenté, aparecieron personajes y situaciones nuevas que me obligaban a volver, para comprender hacia dónde iba el narrador con esos fragmentos anticipados. Asimismo los elementos misteriosos se sucedían unos a otros, mostrando nuevas evidencias, nuevas dudas, insistentes afirmaciones y consecuentes negaciones sobre la culpabilidad de Romina Colenga. Por fin, ¿era o no era la asesina? Para el capítulo doce, ya teníamos a otros tres sospechosos a quienes se les relaciona con la muerte del Presidente del Senado. Quise decir sospechosas, pues las tres eran mujeres. La esposa del Senador tenía motivos muy intensos, entre el adulterio y el dinero; él la engañaba con una mujer de la política y él estaba a punto de despojarla de unos terrenos con cientos de hectáreas. La amante, mujer de la política, resultaba ser otra importante sospechosa, por los desplantes que la víctima de homicidio le hacía en el Pleno del recinto legislativo. Finalmente, en la lista de sospechosas se encuentra una agente del F.B.I., constantemente interesada en hacer caer al Senador por presuntos apoyos a las guerras de Irak y Afganistán. Ella había vendido al Senador cierta información algunos años atrás, para lograr la senaduría y ahora ella buscaba el mismo apoyo de regreso. Un informante dio a Durek una pista crucial que le llevaría a Romina Colenga: ella es el soporte más estratégico del Presidente Crawford, no por los asuntos políticos de manejo en relaciones públicas, sino por su habilidad táctica para presionar a

muchos de los congresistas en asuntos tanto personales como públicos, manejando con habilidad cualquiera de los dos y muchos otros por venir sobre la marcha. Ella trabaja incluso sobre los directores de los medios masivos, los grandes magnates de muy diversas esferas, como la inmobiliaria, la automotriz, las compañías petroleras, la industria alimentaria. Me preguntaba cómo era posible que una mujer como Romina fuera capaz de hacer un espacio entre su apretada agenda para salir por la tarde a comprar un arma y asesinar al Senador. La respuesta estaba en su hermana gemela, me respondí anticipadamente al autor Isaac Compiara.

Muy a pesar de mis sentimientos humanos más profundos, yo seguía sospechando de Romina Colenga. Como si fuera mi futura esposa, la única con quien yo me casaría, deseaba fervorosamente, cual niño haciendo su primera comunión, que ella fuera la asesina, que lo era, según el capítulo uno, pero por sus propios méritos, no por obediencia a alguna Cofradía internacional. Y una respuesta surgió en el capítulo catorce, cuando el autor abandona a Samuel Durek y se interna en la investigación de la C.I.A. sobre el mismo caso. La agencia, paralelamente a la investigación del F.B.I., trabajaba por instrucciones presidenciales en el homicidio del Presidente del Senado, y también una investigadora de C.N.N. El país entero esperaba una respuesta satisfactoria y el Presidente Crawford mostraba un interés especial en esclarecer los hechos, sin saber que la embajadora Colenga, su amiga, su soporte estratégico, estaba involucrada hasta la misma escena del crimen.

Si alguien podía decirme algo sobre mi padre era, sin duda, mi tía Angelita, a quien recordé saltando de la cama, por la trascendencia de mis propias investigaciones. Intenté recordar algún teléfono, tal vez un correo electrónico que descarté, pues nunca lo tuve. Si con milagro podía recordar su casa cuando era pequeño. ¿Dónde encontrarla? No la veo desde el funeral de papá, y antes de eso no la veo desde niño. Pero mi intuición me indicaba que platicar con ella me daría respuestas valiosas antes de emprender un viaje tan lejano a Nueva York. Ya se hacía tarde, en el reloj sólo pasaron unos minutos después de las doce de la noche, y con hambre razoné que

Mario no había llegado a verme ese día y que la lectura había llenado mi cabeza de miles de palabras en más de doce horas continuas descubriendo a un asesino, pero conociendo más problemas políticos de Estados Unidos, de Brasil, de Inglaterra y Francia que los interminables sermones de los maestros de historia en mi desastrosa secundaria. No es lo que cuentan, sino cómo te lo cuentan. Si el odioso y temible profesor Rascón nos hubiera interesado tanto como lo hace Compiara, habría terminado mi carrera, ¡y hasta el doctorado! Lastimosamente nos enjaulan dieciocho años de vida en la escuela para nada. Sería mejor encaminarnos a un interés y dejarnos navegar por el aprendizaje con nuestros propios medios. No sé si a los demás les satisface mi teoría educativa, pero a mi me habría hecho mucho bien. No estaría esclavizado a estas drogas tan infames y miserables.

Ingerí con asombrosa velocidad un litro de jugo de tomate con un exquisito toque a limón y sal que fabrican ahora, que no tuve necesidad de tomar otra cosa. Mi lectura no avanzó más porque me quedé dormido. Pero al despertarme empezaba a sentir nuevamente un hambre feroz, al grado que me vestí con el ya acartonado pantalón corto y una playera, mis sandalias y salí a buscar un restaurante cercano dónde comprar una milanesa, o probablemente un desayuno más nutritivo que aquellas porquerías que vi en mi refrigerador. Al entrar en el estancillo aquel percibí un casi inconfundible olor a marihuana quemada. Y sí, fue casi, porque no era. La señora cocinera había permitido que se prendiera fuego sobre una pala de madera y eso produjo un humo que se arrinconó en el techo del lugar. No fue necesario preguntar. La amable señorita que me atendió explicó el hecho sin restricciones. Me sentí como adolescente al ver por primera vez a una mujer semidesnuda, me excité al ver las curvas frescas, como adivinar un frenesí tuve que reacomodarme el calzoncillo al darme permiso de fantasear con ella. Me apené un poco cuando la mujer de la cocina se asomó a ver mi deslavado rostro observando la cavidad vaginal de la mesera y sus pechos impulsivos, gozosos de juventud, y salvé la situación ordenando milanesa. Fantaseaba en mi mente mientras la veía en su vaivén a la cocina, tenté al destino pensando en una aventura

demasiado madrugadora, y no tuve intenciones reales de consumir tan tempranamente las ilusiones de aquella chica, pero eso no me impidió disfrutar el momento, mis escrúpulos realmente estaban -y están- por los suelos.

Nunca había entrado en esa fonda, pero me sentí como en casa. Mientras desayunaba observé a un comensal en la mesa más próxima de la cocina, pero no pude verle la cara. Disfrutaba paralelamente la milanesa y el cuerpo de la mesera. Al poco me enteré que la cocinera era su abuela. Cada vez que venía a la mesa o pasaba por el frente le guiñaba el ojo y cuando ella me empezó a sonreír le mandé hasta besos. En uno de sus viajes me dejó una servilleta con su teléfono y su nombre. Éste me pareció quedarle chico, pues se llama Linda y ella realmente era mucho más que eso, quizá pudo llamarse Bárbara, o mejor aún, Angélica, ¡no!, se me ocurre que Gloria estaría a su altura. Cuando volvió, le dije mi nombre. ¿En serio? Preguntó ella, y lo repitió con fuerza. Tuvo que abandonar la mesa porque el señor que desayunaba al fondo se había levantado dejando un billete grande sobre la mesa. Le vi la cara porque él se quedó mirándome fijamente por más de treinta segundos y salió del local. Su rostro de ninguna forma se me hizo familiar, así que dejé de darle importancia y me concentré en Linda de nuevo. Le pedí que me acompañara un momento al puesto de revistas de la esquina. Realmente me lancé fuerte sobre mi conquista, pero ella había dado pie al escribir su nombre y teléfono para mí en aquella servilleta y para mi sorpresa le gritó a su abuela que volvería en un minuto. Dejé el billete más o menos exacto sobre la mesa y salimos. Ya en el estancillo de periódicos nos paramos frente a frente y le propuse salir al cine por la tarde. Sus grandes ojos me miraban con alegría y su boca se me insinuaba dulcemente. En el preciso instante en que mis labios sintieron el calor que venía de los suyos, y me empecé a sentir pegado por el labial y ¡boom! Fue la explosión más fuerte que hubiera escuchado en toda mi vida. El instinto y la fuerza del viento que despiden esas explosiones nos llevó a agacharnos y protegernos. Yo la abracé, y todos volteamos buscando el lugar del impacto, una inmensa nube no dejaba ver hacia la fonda. Pude observar un automóvil que se acercaba y en él venía

un hombre, pero no pude distinguir su rostro, porque el puesto de revistas me lo ocultó inmediatamente. Linda se soltó de mis manos y quería correr. No gritó, no se exaltó, pero quería librarse de mí para salir hacia el restaurante, enseguida comprendí que le preocupaba su abuela. La nube de humo estaba cediendo y dejaba ver el desastre, los muros caídos, los miles de trozos de cristal, una pareja estaba tirada en el piso y sangraban. Muchas personas empezaban a salir de detrás de los automóviles donde se ocultaron tras el bombazo. Y Linda finalmente corrió. Yo detrás de ella. No había quedado una mesa en pie. Paso por paso nos fuimos abriendo camino hacia la cocina y la abuela de Linda se hallaba totalmente desfigurada en el piso. Tomé a Linda del brazo y la llevé hacia fuera.

Una vez en la calle, ella observó el desastre de nuevo, hacia un lado y otro del edificio y entonces me abrazó y lloró. Las patrullas de policía se escuchaban aun lejos. La gente se empezó a juntar en muy breve tiempo. Alguien a quien adiviné como un frecuente cliente de la fonda, con impecables ademanes amanerados, con una sensible preocupación por lo ocurrido, se acercó y gritó buscando hacia el interior algún sobreviviente. Linda lo reconoció y le llamó por su nombre. Beto, estoy aquí. ¡Por Dios niña mía! ¿Qué pasó aquí? Una bomba. ¿Y quién fue? No sé. Hay mi vida, ¿y tu abuela? Ella se soltó a llorar, ahora en los brazos de Beto, quien intentó consolarla. Mientras tanto yo, me preguntaba también quién, sin imaginar, por supuesto, nada de los motivos del atentado aquel. Fue un momento de *shock* que no me permitieron ver más allá de la apesosa quemazón aquella. Sólo sé que aquellos eventos se habían vuelto una constante en esa ciudad. Los intereses del crimen organizado, se sabía ya, pretendían mantener a la población aterrorizada. Los policías muertos se contaban por cientos y la gente de la vida pública había cambiado de residencia desde algún tiempo atrás. Mi mente estaba en blanco. Linda volvió hacia mí y mirándome a los ojos por unos segundos, me pidió que no me fuera. ¿Me prestas un celular? Instintivamente también, busqué uno en mis bolsas del pantalón, pero enseguida recordé que no tenía uno. Beto le dijo: toma el mío. ¿A quién le vas a llamar? A mi madre, no quiero que sepa esto por las noticias. Alcancé a escuchar que le decía sobre la tragedia ocurrida

mientras yo me acerqué al primer policía que descendió de una patrulla.

Respondí todo cuanto pude, aunque de modo casi inmediato se dieron cuenta de que no era yo la persona que podía resolver sus dudas, así que mientras observaban los daños, esperaban a que Linda estuviera disponible para contestarles. Sin darme cuenta, habían pasado más de treinta minutos desde el bombazo. Ahora sí, me empezaba a preguntar ¿quién podía haberle hecho ese daño? No conocía nada de Linda, ni de su familia, ni de sus enemigos. Sin embargo, me interesaba. Ella se había fijado en mí, y yo en ella. También me causaba intriga. E ingresó en mí una sospecha que revolvió mi estómago y me causó escalofríos. Había un hombre en el restaurante poco antes de que Linda y yo saliéramos. ¿Habría sido él? ¿Por qué le interesaba destrozar el lugar? ¿A qué hora puso la bomba? Busqué involuntariamente entre la multitud de personas que se hallaban alrededor de la cinta amarilla que puso la policía por si reconocía al hombre que desayunó en la fonda. En cuanto Linda dejó de hablar con el policía que la atendía, me coloqué junto a ella y le comenté mis sospechas. ¿Recuerdas al hombre que salió antes que nosotros? Claro, lo recuerdo. ¿Ha desayunado antes aquí? No. Es la primera vez que viene ¿Por qué? No sé, me imagino que tiene algo que ver con esto ¿o sospechas de alguien? No tengo idea de quién pudo hacernos esto. ¿Te dijo algo el policía? ¿Hubo alguna amenaza? Nada, sólo me preguntó cosas, pero la verdad no sé. Sólo hay algo que me preocupa y es que me hayan querido matar a mí, y como no lo lograron, pienso que podrían intentarlo de nuevo. La abracé de nuevo, consolándola. ¿Por qué crees que quisieron hacerte daño? ¿Hay algún novio despechado? No, tú eres el primer novio que tengo. ¡Y ahora yo, ya tengo novia! Y no se nada de ella. Pero hemos quedado unidos por una bomba. Ni siquiera sabía su edad, ni sus apellidos, ni dónde vivía, pero ya era mi novia. Supuse que tendría unos quince o a lo mucho diecisiete años, sólo que no consideré conveniente preguntar en ese momento. Y del terrorista no teníamos ni una pista.



Llegó la mamá de Linda y la dejaron pasar mientras los bomberos, los policías y gente del gobierno se dedicaron a atender sus asuntos que me causaron mucha curiosidad. Al verles los rostros empolvados, me pregunté si yo estaba igual y me miré en el espejo de una ambulancia estacionada cerca. Al poco rato sacaron el cuerpo de la abuela cubierto por una sábana blanca y la metieron en la unidad forense, mientras la mamá de Linda miraba desconsolada las desgracias que le rodeaban y abrazaba a Linda. Más tarde Linda me presentó con ella diciéndole que yo era su novio. La mamá me miró muy desconfiada, yo era un adulto y su hija sí, en realidad era una niña. Linda intentó justificarme, diciendo que gracias a mí, ella estaba viva. La señora no soportó más y se soltó de nuevo a llorar abrazándola fuertemente. ¿Cómo me había metido yo en esto? Sin quererlo, estaba de novio de una chiquilla en un momento significativo de la familia. Si tenía un papá ¿dónde estaba? Y también pensé en el mío y su inquietante situación en Nueva York. En un par de días el mundo que me rodeaba exigía mi presencia, mi acción y esta resurrección me estaba gustando a pesar de la bomba y también gracias a ella.

Me sentía algo extraño, preocupado por Linda, como no lo estaba por nadie en años. Ella vino a mí, me indicó que tenía una sospecha pero no quería que nadie la escuchara, así que me llevó a un sitio reservado y comentó: ¿y tú tienes algún enemigo? ¿Yo? ¿Cómo iba a ser posible eso? ¿Quién podía quererme muerto? Mis amigos no. Mi padre no lo creo. Esa pregunta que Linda me hizo revolvió mi cabeza y aunque al principio respondí su pregunta con un “no”, la verdad es que me dejó inquieto, preocupado, como lo estaba Samuel Durek, como lo estaría una madre frente a su hijo enfermo, como lo estaba yo por mi padre o mi hermana por mí. La calle De la Cueva es en realidad una calle residencial y hay pocos edificios. Ahí justo donde pusieron la bomba es de los pocos lugares en donde hay edificios de tres o cuatro pisos, sólo unos cuantos y también son departamentos. Algunos, como la fonda, aprovechan la planta baja para poner negocios. Debíamos pensar bien si hubo algún motivo para que alguien nos quisiera desaparecer con una bomba.

Al poco, un par de investigadores de la policía federal se acercaron a mí, respondí lo mismo que a los anteriores, y cuando hablé de bomba ellos me corrigieron. Fue una granada. ¿Era cierto? ¿Ellos habían encontrado algún fragmento de la granada o en realidad querían que eso creyéramos? Con todo lo que se sabe de la policía, los ciudadanos ya no sabemos en quién creer. Quizá la explicación tenía algo de lógica. La bomba habría sido localizada fácilmente. La granada la pudieron aventar desde un automóvil. La duda proseguía. ¿Una granada podía hacer todo ese daño? El edificio había quedado seriamente dañado, y quizá un par de inmuebles de los lados. Los escombros estaban por encima de los automóviles estacionados en la acera de enfrente, digamos unos siete u ocho metros de la fachada del restaurante. Creo que habría confiado en la explicación de Samuel Durek, pero él era un personaje de ficción. Y al pensar en eso, en verdad me sentí Nash, ¿estaba perdiendo la razón? ¿Era todo eso imaginario? ¿Estaba en un mal viaje de marihuana y nada de eso estaba sucediendo en realidad? Si era así, también lo cuestionaba. Siempre que tenía una alucinación causada por la marihuana presenciaba cosas que estaban basadas en mis experiencias pasadas. Una bomba, o una granada, una chica que era mi novia y menor de edad a la vez, una abuela muerta, nada de eso parecía provenir de mi vida pasada o recuerdos ocultos. Todo resultaba ajeno, los agentes, la ambulancia forense, el comensal misterioso, un padre resucitado, un libro policíaco con personajes sencillamente extraños a mi vida. No parecía un recorrido alucinante, así que de momento concluí que era real.

¿Qué hacía Mario Arteaga en la escena del crimen? Cuando volteé hacia la cinta amarilla, mirando sin mirar, divagando en mis especulaciones, lo vi ahí, parado, buscando, buscándome. Junto a él, una cámara de reportero. Él sobresalía por entre los demás por su altura, su ser corpulento. Ahí esperaba a que yo apareciera. La respuesta estaba ahí mismo. Las noticias. Seguramente alguna cámara me enfocó y yo estaba saliendo en la televisión. Por eso él estaba ahí. Me acerqué a un policía y me negó el permiso para que Mario ingresara. Le dije que era mi hermano. No lo permitió. Yo tampoco pude salir, me tenían preso. Pero pude hablar con él de un

lado a otro. Aquellos chismosos por supuesto, se enteraron de todo lo que yo hablé con él, pero no había otra forma. Si hubiera tenido mi celular. ¿Qué haces aquí? Vine a desayunar ahí. Cuando salí, explotó la granada. ¿Y eso? No tenemos la menor idea. El camarógrafo aprovechó la circunstancia y volví a aparecer en los medios. ¿A quién querían matar? No lo sé, la mesera y yo estábamos en la esquina comprando un periódico para la abuela, la que murió dentro. No había notado que el calor estaba en su apogeo hasta que vi sudor en la frente de Mario. ¿Fue algún coche bomba? No, una granada, dicen los investigadores. Noté un silencio entre muchos de los presentes, no querían perderse ni un detalle de mi explicación, me sentí conferencista. ¿Y a qué hora vas a poder salir? No sé. ¿A qué hora fue? Como a las nueve. Ya va a dar la una, me confirmó. A mi modo de ver no había pasado tanto tiempo, se fue como agua, pensé. ¿Necesitas algo? No, sólo que ya me quiero ir a casa.

Al poco rato, un investigador se me acercó y me pidió una identificación. Otro me tomó una fotografía y me dejaron salir. Antes, hablé con Linda, que ya se iba también. Su mamá y ella estaban dentro de un automóvil de la policía hacía una hora más o menos. Le pedí que me anotara su dirección y lo hizo. Quedamos de vernos en el funeral al día siguiente. Su amigo Beto, quizá más que amigo era un cliente, esperaba con sus ademanes de aflicción a un lado de la patrulla y me despedí de él agradeciéndole sus atenciones. Finalmente pude salir de ahí.

No puedo pensar cómo terminé allí hoy, a punto de morir en un atentado terrorista, después de tantos meses de estar tan tranquilo en mi casa, le contaba a Mario cuando llegamos a mi casa. ¿Y esa noviecita de dónde salió? Ahí la conocí. ¿Cuándo? Hoy. ¿Hoy? Sí, no llevábamos ni veinte minutos platicando cuando decidí invitarla un minuto al puesto de la esquina para darle un beso. Y en mi primer beso, ¡en el primero! estalló el restaurante entero. El escándalo fue terrible. Te has vuelto habilidoso con las mujeres, comentó Mario. ¿Tienes hambre? Yo casi desmayo, le dije. Conozco una fonda en la calle De la Cueva, aseguró. Nos hemos reído de eso por más de diez minutos, hasta se nos olvidó el hambre; fue un desahogo del estrés.

Luego pedimos una pizza y sacamos unas cervezas. Supongo que no has terminado de leer el libro. Dije que no. ¿En qué capítulo vas? En el dieciocho, contesté. Te falta muy poco para descubrir algo increíble. ¿Qué es? No diré nada. Tendrás que averiguarlo por ti mismo. Pero es increíble que te haya encontrado en la parada del autobús justamente aquella tarde que terminé de leerlo, ese libro es para que tú lo leas completo. Parece que Compiara lo escribió para que tú lo leyeras, me aseguró. ¿Qué te parece Romina Colenga?, indagué. ¿Verdad que parece real? Yo quiero una mujer así, contesté y continué: ¿Crees que sea un personaje real? Hay algo que deberás averiguar tú, mientras lees, pero te aseguro algo: Encontrarás muchas más dudas sobre ella antes de saber si es real o no. ¿Cómo? Sí, me dijo, no todo lo que hasta ahora sabes de ella y de Durek, resultará cierto al final. Pero con tantas interrupciones no puedo terminar de leerla, además es larguísima. Vamos, hablemos de otra cosa: ¿te gustaría conocer a Adelfo? Sí, dije entusiasmado. Me excité en ese momento. El hombre que estuvo en la cárcel por culpa de mi padre; resultaba realmente apasionante tener frente a mí al único testigo conocido de la presencia de mi padre en este mundo todavía. ¿Te parece si terminamos de comer y vamos a verlo? Claro, pero antes dime: ¿no te casaste? ¿Qué tiene que ver eso?, curioseó. Nada, me parece extraño que vengas a pasarte las tardes por aquí. ¿No quieres que venga a tu casa? No es eso, sabes que es tu casa; y no evadas mi pregunta. No, soy divorciado y luego viudo. ¿Cómo? Si, me separé de mi esposa y poco después ella murió. Lo siento, me sentí algo extraño. ¿Tuvieron hijos? No, estaba esperando cuando murió. ¿Y piensas volver a casarte? No, nunca más, te lo juro por esta, y besó la cruz de los dedos. ¿No quieres tener hijos? No necesito estar casado para tenerlos, de hecho tengo dos. ¡Ah, caray!, me sorprendí. Ya tienen seis años. ¿Los dos? Sí, son gemelos. ¿Quién es la mamá? Una amiguita cariñosa. Ser liberal es una definición que escribieron para ti. Bueno, amigo, me regañó, tú no cantas mal las rancheras, te acuestas en la playa con Janette a plena luz del día, te drogas, y besas a una chica menor de edad en medio de una explosión. Y me quedé callado. No puede contestar a Mario esa bomba que acababa de lanzarme, y sí, eso era lo que más admiraba de él. Por eso lo quería tanto y me daba mucho gusto que estuviera de nuevo dentro de mi

vida, aunque no estaba seguro, como nunca se puede estar de nada, cuánto tiempo disfrutaría de su compañía. En cualquier momento el volvía a rodar por el mundo y dejaría de verlo.

Pasadas las cinco de la tarde fuimos a casa de Mario. Su automóvil me causó cierta envidia, era un Audi del año con accesorios eléctricos y quema cocos. La verdad yo podía tener uno igual, incluso mejor, y definitivamente lo tendría. El único problema es que no sabía manejar. Muchas veces me negué a hacerlo a raíz de un accidente que tuvo mi madre cuando yo tenía quince años y luego el accidente que causó la muerte de mi padre; para entonces, las cosas habían cambiado, ni mi padre había muerto ni yo temía más a los accidentes automovilísticos. Mario me introdujo en su casa y me ofreció algo de beber. Me explicó que invitaría a Adelfo a su casa, pues se le hizo impropio caer de sorpresa a su casa. No eran tan buenos amigos, dijo.

Los hijos de Mario eran muy hermosos, alegres y juguetones, como puede observarlo en algunas fotografías de su sala, aterciopelada, amplia, acojinada y de color blanco. La casa en general me pareció fantástica, muy lujosa, amplia, con cientos de figuras de porcelana por doquier y de tamaños muy variados. Justo atrás de mí había una fuente, más bien dicho una media fuente que en ese momento estaba apagada y se notaban sobre ella unas lámparas que seguramente la iluminaban. Me entró la duda de dónde obtenía recursos Mario para vivir tan holgadamente, y recordé que cuando éramos jóvenes sus padres se dedicaban al negocio inmobiliario, así que supuse que él vivía de eso también. Quise seguir evaluando los detalles de la casa de mi amigo pero se suspendió cuando ellos entraron por la puerta. Ni siquiera tuve tiempo de pensar en las consecuencias de aquella reunión con el hombre que estuvo siete años en la cárcel por culpa de mi padre, como él mismo le dijo a Mario; así que, cuando entró, mi estómago dio un vuelco. Aquél hombre se me quedó mirando de modo muy serio. No sabía que Mario no le había mencionado la razón de nuestra reunión. Así, sin muecas, me saludó con una cortesía algo rasposa, y Mario le invitó a sentarse frente a mí. Nos ofreció algo de beber y yo me negué, pero

él aceptó una cerveza, así que yo corregí y también acepté el delicioso fruto del fermento de cebada gasificado. Mario nos dejó solos en la sala y fue a la cocina. ¿Necesitas ayuda? ¿Para abrir un par de cervezas?, me dijo irónico. Así que callé. ¿Estuviste en la cárcel? ¿Por qué? Adelfo me contestó: Trabajaba para una importantísima empresa y por culpa de un soplón me sentenciaron a quince años. ¿Pero qué fue lo que hiciste? Obedecía órdenes de los jefes, me mandaban a golpear a uno o a cobrarle a otro. El soplón dio a la policía mi nombre y cuando me investigaron salieron muchos de los trabajos sucios que hice. Mario regresó con las cervezas. ¿Y cómo supiste el nombre del soplón? Me lo dijo mi jefe, cuando me visitó en la cárcel para darme el dinero por mis servicios a la empresa, ¿y tú, quién eres? No los presenté, interrumpió Mario y le dijo mi nombre completo. Enseguida se puso de pie, creo que no iba a golpearme, sólo quería abandonar la casa. Mario sabía de esa reacción, y estaba preparado para detenerlo en caso de que Adelfo se precipitara. ¿Eres su hijo?, preguntó molesto aún. Supongo que sí. De momento estuvo a punto de venirse encima de mí, y le dije: A mi padre yo lo enterré hace diez años, ese señor no sé quién es. ¿Se apellidan igual? Comentó tranquilizándose un poco. Suponemos que es él, aunque debemos ir a averiguarlo.

Nos pusimos de acuerdo con él para informarle sobre las supuestas actividades delictivas de mi padre. En verdad ese hombre se veía dañado por todo lo que tuvo que vivir en la cárcel y yo no me veo en el futuro abrazando a mi papá, así que desde ese momento me puse en su contra, encontrara en él acciones delictivas tanto como benéficas. Burló mi confianza y no deseo recuperarlo como tal. Adelfo se sintió abrigado por nosotros, al menos eso me pareció. Mario incluso le dio un abrazo y él prometió darnos nombres y teléfonos de personas que solían relacionarse con mi papá en Nueva York. Nos contó también que estaba buscando un empleo y suplicó que le ayudáramos. Mario le hizo un juramento comprometiéndose a ayudarlo, eso sí, no fue específico. Adelfo se retiró y Mario me invitó al sótano a conocer el negocio más sorprendente que jamás imaginé. Mario almacena armas y equipo para una guerra. Con razón, para llegar al sótano tuvimos que dar vueltas entre la cochera, el cuarto de

servicio y el patio de atrás de su casa. Por debajo de una puerta disfrazada de cava, se encuentra el acceso al arsenal más grande que he visto en mi vida. Me dijo: en su momento entenderás por qué guardo esto aquí. ¿Piensas levantarte en armas contra el gobierno? No precisamente, de hecho es para defender al gobierno de otro grupo más poderoso. Realmente estoy muy confundido. No te preocupes, mi hermano, se trata de un fin muy bueno. Había sabido de ideas subversivas que para unos son buenas ideas mientras que son ilegales; este secreto que Mario me confiaba me parecía de esas ideas. No le veía lo bueno por ningún lado. Si luchas contra el gobierno eres un disidente y si luchas a favor del gobierno eres miliciano; de cualquier modo, muchos sufren por ello. En ese momento, recuerdo, pensaba que las guerras no son convenientes. No quise comentarle a Mario mis pensamientos, sólo que él prometió confiarme más detalles cuando estuviéramos en Nueva York, y de verdad empezaba a estar ansioso por viajar, el silencio me estaba matando.

Así volví a casa, Mario me sugirió que no fuera al funeral de la abuela de Linda, planeaba llevarme a comprar los boletos de avión. Estaba más emocionado que yo con el viaje a Nueva York y eso me causó curiosidad. ¿Qué tenía Nueva York sino a un resucitado, mi padre, y no el suyo? ¿Se trataba de algún negocio relacionado a las armas que tenía almacenadas en su sótano? ¿Le interesaba de nuevo mi amistad para utilizarme en la guerra que estaba planeando? Me di cuenta que debía ser muy cauteloso. Mario resultó actuar de modo muy misterioso, creo que muy diferente a quien era hacía unos años, y ese pequeño grano de desconfianza que me dio su arsenal me estaba desconcertando; desgraciadamente estaba poniendo en duda su amistad. Sin embargo, me hice una promesa: viajaría con él a Nueva York para detener los rumores que rondaban mi cabeza y reafirmar mi valiosa amistad con Mario o suspenderla definitivamente. Y pasé el resto del día buscando mi pasaporte, que finalmente encontré.

Me levanté temprano y me bañé, me vestí con lo mejorcito que tenía para asistir al funeral. Los zapatos me apretaban y sentía calor a

las nueve de la mañana, ahora sí se sentía la primavera como ya estábamos acostumbrados en esa ciudad, lo único malo es tener que vestir así, en esos días calurosos. Al llegar al centro funerario había un gran alboroto en la puerta, los guardias vigilaban y detenían a los medios de comunicación que se encontraban en el exterior. Quería evitarlos sólo que en cuanto me presenté por la esquina ya me estaban esperando para bombardearme, ahora con preguntas. ¿Cuál es su nombre? ¿Tiene algo que ver con el atentado? ¿Es hijo de uno de los más buscados por el F.B.I.? ¿Qué? ¿Cómo que mi padre es uno de los más buscados por el F.B.I.? Lo único que pude responderles fue: no sé. Se ofrecieron unos policías a escoltarme hasta el interior de la funeraria y me libré de aquellos bombarderos de preguntas sin respuesta. La verdad yo iba contento a saludar de nuevo a “mi novia”, esas bombas eran lascivas, pervertidas, me hirieron más que la granada del día anterior. Y para colmo de mis males, la tarde anterior estuve al alcance de un arsenal impresionante. ¿Qué le estaba pasando a mi dichosa vida de encierro? ¿Estaba mejor ahora que antes? Los medios de comunicación me querían entrevistar, no solo por presenciar una explosión de granada, querían involucrarme con uno de los más buscados del F.B.I. que no era otro que mi propio padre, a quien enterré diez años antes. ¿Me estaba relacionando con un miliciano o con un disidente a quien considero mi mejor amigo? Sólo intenté charlar con dos personas: Mario y Linda, y a través de ellos he vuelto a la vida, a la nota de ocho columnas, al mismísimo centro de una guerra que ni siquiera entendía. Ahora he charlado con un convicto que odia mi apellido, estuve en la parte de adentro de una cinta amarilla de la policía y me han cuestionado sobre mi vínculo con los terroristas. Ciertamente me está gustando mucho.